de nuestras administraciones, y sin ese espectáculo en que hemos presentado la confusion y el desconcierto de la anarquía, se habria podido mantener el buen nombre de la nacion, y habria llegado esta á constituirse convenientemente. El enlace de su suerte con los intereses de otros paises, sus títulos para ser respetada, y su misma fuerza y recursos interiores, habrian bastado para contener la irrrupcion que solo ha podido verificarse despues de haberse facilitado con cuantos desaciertos han podido cometerse por las facciones; y cuando nuestro estado no hubiera sido suficiente para impedir el desarrollo de las pretensiones de la democracia americana, estas se habrian limitado á los terrenos que por su distancia de la parte poblada del pais, hubieran podido ser objeto ó de un tratado, ó de una usurpacion, pero sin haberla arrastrado á una guerra, ni á pensar como piensa hoy, en destruir su ecsistencia como nacion independiente.

Los hombres propendemos á disculparnos con sucesos que nos parecen conformes al órden establecido por la Providencia; pero no advertimos que el poder que hemos tenido para evitarlos, y la libertad de que gozamos para elegir siempre entre el bien y el mal, nos hacen responsables de aquello mismo que juzgamos sujeto á consecuencias desastrosas é infalibles. Nadie puede saber toda la influencia que habria tenido en la política de los gabinetes con México la prosperidad de este, ni tampoco qué conducta habrian observado los Estados-Unidos en semejante suposicion; pero no puede dudarse que aquella habria sido muy grande, y que esta tendria hoy otras reglas y otras tendencias mucho menos hostiles para nosotros. Hubo un tiempo en que la inesperiencia pudo disculparnos, hubo

otro en que la desgracia de nuestras armas fué el resultado de errores y complicaciones que no pudieron ya evitarse; pero el presente, que reune desengaños y verdades tan útiles, nos convida á volver sobre nuestros pasos y á fijar bien la línea que asegure á nuestros hijos este territorio, que aunque desmembrado, debemos considerarlo todavia como la porcion mas preciosa del continente americano.

II.

La sociedad mexicana en 1821 se resentia de todos los defectos de la educacion que habia recibido, y hacia notar tambien los rasgos de lo bueno y noble que habian impreso en ella el carácter y las virtudes de los españoles. No se puede culpar á éstos de que hubiesen economizado en la Nueva-España ni sus conocimientos ni sus progresos en cualquiera de los ramos de administracion y de interés público; y nadie duda ya que lo que pudieron dar lo concedieron con generosidad, manifestando siempre la mayor solicitud en favor de mejoras de todas clases, y venciendo con constancia cuantas dificultades se presentaban para realizarlas. Si se ha condenado la política que observaron con sus colonias y el atraso en que éstas se mantuvieron durante su dominacion, nadie desconoce hoy que ese juicio que pareció tan justo y esacto hace algunos años por las pasiones que se encendieron, no tiene fundamento alguno que pueda ha-

cerlo prevalecer sobre la opinion mas racional de que las gobernaron con prudencia y sabiduría para mantenerlas, no solo unidas, sino adictas á la metrópoli; y que por lo demas, las faltas de que se les pudiera hacer cargo eran inherentes al estado de mayor ó menor ilustracion de la misma península.

En efecto, el estrangero imparcial, que como el célebre viagero Humboldt, hubiese ecsaminado el reino, no habria podido dejar de hacer justicia al sentimiento que dominaba en España por una prosperidad que preparaba á México independiente toda la fortuna y el nombre de una nacion poderosa. Las mas bellas ciudades del Nuevo-Mundo, caminos abiertos á todo costo y susceptibles de las mejoras que ha introducido el arte para abreviar las comunicaciones, trabajos públicos tan notables como el Puente del Rey, el corte de las cumbres de Aculcingo, el desagüe de Huehuetoca: colegios, universidades, conventos, hospicios, hospitales y fundaciones sin número de caridad y beneficencia: cuerpos organizados convenientemente para proteger la minería y el comercio, y bancos piadosos para la agricultura: una administracion civil, protectora de todas las garantías, y un sistema de hacienda poco gravoso, que sin embargo proporcionaba cuantos recursos eran necesarios para la defensa del reino: un culto tan suntuoso como el de la misma metrópoli, y misiones derramadas por todos nuestros desiertos, predicando el cristianismo, estendiendo la civilizacion, y librando á los pueblos de la frontera de las incursiones de los bárbaros, presentaban entre otros muchos esfuerzos, un plan de gobierno que podia tener, y tenia realmente, sombras que autorizaban una censura racional y justa contra los españoles, comparados con otros pueblos; pero no permitia dudar que habian hecho cosas gran-

diosas y que tenian un deseo ardiente de la felicidad de la Nueva-España. Esta era la primera de las colonias, y su nombre anunciaba destinos mas elevados que los de la madre patria.

Nuestra educacion que tanto se ha calumniado, y que bajo varios aspectos era defectuosa, tenia sin embargo por bases primordiales, como en nuestros padres, el honor y la religion. Los mexicanos jamas podian prescindir de los sentimientos de amor y respeto á sus deberes religiosos, que se cultivaban en el seno de la vida privada, en los establecimientos públicos y en todos los rangos y condiciones. Todo lo que veian, todo lo que aprendian y todos los libros que andaban en sus manos, les recordaban que un buen español ni podia faltar á su palabra, ni dejar de conducirse con dignidad, ni mucho menos ofender la religion, que se consideraba justamente como el mas grande beneficio con que era favorecido el Nuevo-Mundo. Todo lo que se ha escrito sobre el periodo colonial, y tambien los recuerdos de familia, acreditan bien que esas cualidades de que hablo, formaron el tipo de los mexicanos de raza española. La educacion, pues, descansando en fundamentos tan nobles y sólidos, se prestaba á todas las mejoras que un gobierno sensato y prudente hubiera promovido para llevarla al alto grado de perfeccion, que por otra parte no era posible en los tiempos de los vireyes. Una colonia, aunque se suponga administrada bajo un sistema ilustrado, nunca es capaz del desarrollo y engrandecimiento de un Estado independiente.

Los mexicanos no podian figurar al lado de pueblos que por mil circunstancias, y por su comunicacion frecuente con estrangeros han adquirido la generalidad de los conocimientos mas indispensables y las cualidades de mas brillo en la sociedad.

Sencillos y francos iban á presentarse con todas las ventajas que les confiesan cuantos escritores y viageros han ecsaminado atentamente el pais. La educacion esmerada, aunque contraida al número de familias que podian proporcionársela, ejercia desde entonces una grande influencia y preparaba los establecimientos que tienen hoy aún los lugares menos poblados é importantes. Nunca hubo pueblo mas deseoso de los goces de una sociedad culta y del fausto y ostentacion de las cortes europeas.

Las ciencias y la literatura eran entre nosotros, lo que nuestros colegios y Universidades. La carrera eclesiástica y la del foro se presentaban como los únicos medios que podian proporcionar una subsistencia cómoda á los hombres consagrados á las letras. En ambas habia muchos notables que fueron dignos de los elogios que se tributan aún á sus conocimientos y sabiduría. La instruccion era sólida, y el gobierno y la organizacion interior de los colegios, tenian toda la seriedad que caracterizó siempre á los establecimientos públicos de los españoles. Las bellas letras se cultivaban poco, porque eran muy escasas las cátedras de este ramo, que parecia mas bien de lujo, y que se hallaba en un estado de grande atraso en la península. Sin embargo, la nacion veía en algunos escritos que se publicaban, la facilidad con que se adelantaba en los estudios amenos de la literatura, y que ésta con el tiempo llegaria á escitar la pasion y entusiasmo de la juventud. Otro tanto puede decirse de las bellas artes. La ciencia del gobierno, la economía política y el derecho público se ignoraban completamente, y por desgracia las nociones que comenzaban á adquirirse, eran las que ministraban los libros y folletos franceses traducidos al español y escritos con la frivolidad propia de la época y del

cambio violento que sufrian las opiniones y los gobiernos. Se comprenderá fácilmente, que cuando hablo de esta clase de educacion, me contraigo á aquella parte de la sociedad, que por su posicion y por su influencia moral estaba destinada á dirigir el pais en los diversos puestos de la administracion pública.

El carácter que manifestaba la nacion, era sin duda noble y generoso. Sea por el clima, sea por el ejemplo de los españoles y porque estimaban mucho sus hermosas tradiciones, ó lo que es mas cierto todavía, por la influencia que siempre ha ejercido la religion en las regiones de América, los mexicanos nunca mantenian en sus pechos odios profundos, ni dejaban de tomar una parte muy activa en las desgracias que afligen al hombre, cualquiera que fuese su condicion y orígen. La primera guerra de independencia, aunque inflamó las pasiones y dió lugar á escenas horrorosas y sangrientas, no pudo estinguir esta bella inclinacion de que esa misma guerra dió tan relevantes testimonios. Los mexicanos nunca fueron reputados cobardes, y ni los españoles, ni los estrangeros, ni los vireyes mas preocupados contra ellos les negaron todo el denuedo y toda la constancia que conservaba España en los dias de su insurreccion. Los informes de los diversos gobiernos á la corte, y los de los gefes que mas se habian distinguido desde 1810 sobre el estado político del reino, y los medios de restablecer la paz, convenian sin variacion alguna, en el valor de las tropas del pais, y en la imposibilidad de subyugarlo luego que dejasen de sostener la causa de la metrópoli. Hospitalarios, fáciles para ceder de su derecho y para dar importancia á cuestiones que no tenian gravedad ninguna, amigos del brillo y de la ostentacion, estaban espuestos á hacer un grande abuso de esta docilidad de

carácter, y á no estimar lo que hubiera dado al pueblo toda la fuerza y poder de que necesitaba al hacerse independiente.

Se ha dicho que los mexicanos estaban dominados por funestas preocupaciones que impedian todo progreso, y que el poder de los hábitos religiosos era el principal obstáculo para su engrandecimiento. Muy apegados en efecto á su religion y á sus ministros, y unidos por este lazo que no han podido romper ni los trastornos políticos, ni las pasiones desencadenadas, ni los malos libros, ni los ejemplos perniciosos que se les han estado presentando hace treinta años, nadie que sepa apreciar la fuerza moral de los pueblos, puede considerar como defecto el sentimiento religioso que ha podido salvarse entre tantas ruinas, suavizar los horrores de la guerra civil, y ser el mas fuerte apoyo de la unidad nacional.

Por nuestra misma condicion, las buenas cualidades tocan siempre algun estremo que las desnaturaliza y da lugar á abusos de incalculables consecuencias. Los mexicanos eran pródigos en el manejo de sus intereses, y la conducta que habian tenido con ellos los españoles, habia sido la mas propia para perpetuar esta peligrosa propension que debieron precaver si hubieran conocido mejor los suyos propios. El empeño de no confiar á sus hijos, á quienes por otra parte procuraban educar convenientemente, la direccion de sus negocios, el temor de que se menoscabase su fortuna si no se entregaba á hombres que, salidos como ellos, de una situacion angustiada y pobre, observasen la misma economía que se las habia proporcionado, y la idea de que todos los mexicanos eran arrastrados por carácter á la disipacion, que destruiria en pocos meses el fruto del trabajo de muchos años, generalizaron este defecto y lo arraigaron

de una manera tal, que despues fué dificil corregirlo. Persuadidos de que mientras viviesen sus padres de nada ó de muy poco podian gozar ó disponer, verificada su muerte se apresuraban á compensar con gastos ecshorbitantes las privaciones y la falta de confianza con que se les habia ofendido durante su vida.

Las consecuencias de esta pasion de despilfarro y de la ignorancia en que por sistema se les hacia vivir en el manejo de los negocios, eran desastrosas. El lujo, el juego, la ociosidad y el absoluto abandono de su patrimonio, vinieron á ser gérmenes fecundos de males para la sociedad. Alguna vez he reflecsionado en que este fué el mas funesto de los errores que cometieron los españoles que vinieron al Nuevo-Mundo, y que son responsables de un vicio ó defecto de carácter que tanta influencia debia ejercer con el trascurso del tiempo. Y cuando me he puesto á comparar los Estados de la América Española con los Estados-Unidos, he creido que encontraba el orígen de la sobriedad y de la buena administracion pública, que los últimos llegaron á establecer muy pronto, en ese espíritu de órden y de economía doméstica que ya tenian al hacerse independientes.

Sus costumbres como súbditos se habian modificado progresivamente desde el año de 1810. De una obediencia ciega y general, y de un respeto profundo y sincero á toda clase de autoridades, pasaron á la discusion de los títulos de su libertad, desconocieron unos y sostuvieron otros al gobierno constituido; se generalizó, en fin, la opinion en favor de la independencia, y antes de consumarse ésta, ya prevalecian en la clase llamada á gobernar al pais todas las doctrinas modernas sobre los límites entre el superior y el súbdito, entre los pueblos y los gobiernos.

Con ideas confusas sobre todo esto, se apasionaron por la política, disputando mucho y sosteniéndose este debate por hombres adictos á las antiguas doctrinas, y por los que las combatian; pero arrastrados todos por el torrente del siglo que ciertamente no era favorable á los derechos de la autoridad. Ansiosos de representar todos los papeles de los gobiernos y de los congresos de Europa y de los Estados-Unidos que no conocian, era uniforme el deseo y el sentimiento por mejoras de todas clases y por una série de cambios interminables que les prometian un porvenir lisongero. Esa agitacion era propia de la época y de todos los Estados de la América del Sur.

El carácter mexicano encontraba en el mismo espíritu turbulento del siglo y en las mismas cuestiones que se debatian, un grave obstáculo que embarazaba acometer la empresa á que estaba llamada la nacion y que ecsigia sacrificios y desprendimiento. La educacion por otra parte de los colegios, habia contribuido mucho á mantener en los hombres consagrados á la carrera literaria un sentimiento de emulacion, útil y provechoso dentro de ciertos límites, y pernicioso y funesto luego que fuese el regulador de la conducta y política de los congresos y gobiernos. Nada hay mas contrario al órden é intereses sociales que desconocer el mérito personal y graduar la importancia de los hombres públicos por los consejos engañosos del amor propio. Acostumbrados á no ejercitar sus facultades mentales, sino en los debates de los colegios y en los estrados, les pareció que llamados á otro teatro mas vasto, el pais veria con gusto que las cuestiones de que dependia su felicidad, se sometiesen á esa rivalidad miserable que tanto se satisface con el elogio de un periódico ó con el aplauso de una galería. El tiempo ha de-

mostrado bien que se equivocaron, y que no les era lícito ni en la tribuna ni en el gobierno, someter los asuntos mas graves á las antipatías que tanto los han dividido. Cualquiera que fuese su inesperiencia, muy diversos habrian sido los frutos de sus trabajos si una razon imparcial y noble los hubiese ordenado, y si el verdadero deseo de afianzar el órden hubiese alcanzado al fin la recompensa gloriosa que no pueden proporcionar nunca las miras bastardas de los partidos. Sin necesidad de esplicar muy detenidamente el conjunto de circunstancias que han contribuido á escitar esta rivalidad entre nosotros, y de una manera mas desfavorable que en otros paises, basta saber que ecsiste desdé nuestra primera revolucion: que los mexicanos veían con mas disgusto la elevacion de un compatriota suyo que la de un español; y que cualquiera que sea la generalidad de este defecto, atendida la condicion miserable de la especie humana, no cabe duda de que en la República ha llegado á tal punto, que la cubre de vergüenza y que ha degradado el espíritu público. Reflecsiónese bien y téngase presente la parte que ha conseguido tomar en las cuestiones mas vitales para el pais, y no se dudará un momento que ha sido una fuente inagotable de errores y desgracias.

Mas ó menos justas las quejas que se levantaban contra el gobierno de la metrópoli, era muy triste, sin embargo, la que se repetia tan frecuentemente, de que á los mexicanos no se les conferian los empleos de primer rango. Y si bien es cierta la parcialidad contra la cual se enardecia la opinion, no puede desconocerse tampoco que fué en estremo perniciosa la esperanza que desde entonces concibieron los hombres de menos mérito de que la independencia iba á mejorar su situacion y á

servir á sus manejos é intrigas para obtener los puestos públicos. Parece increible el predominio que ejercen con el tiempo algunas ideas que, al comenzar una crísis política ó social, se dejan traslucir para inflamar los ánimos y darles el impulso de que necesitan. Los mexicanos, aunque propendian á ese defecto que tan justamente se les ha censurado, estaban muy distantes de envilecerse con todos los escesos que se han cometido para obtener los cargos, en los cuales mas bien se buscaban el honor y distincion que el interés pecuniario; y es necesario convenir en que la mala direccion que dieron al espíritu público muchos de los escritores que figuraron en la primera guerra de insurreccion, crió esta hidra que se ha reproducido sin cesar en todos nuestros cambios y revoluciones.

Antes de 1810 fué respetada y sostenida vigorosamente la autoridad civil, que por el largo periodo de la dominacion española, muy pocas veces necesitó del ausilio de la fuerza armada. La guerra aunque no relajó completamente el resorte del gobierno, sí dió notable influencia á la clase militar, como que en ella se cifraba de una parte la conservacion del reino, y de la otra el triunfo de la independencia. El poder omnímodo que se confirió á los comandantes generales de las Provincias y aun á gefes subalternos; los escesos á que se entregaban impunemente, y la dilapidacion de los caudales públicos, comenzaron á escitar vivas simpatías por la milicia, y á fundar en ella la esperanza de una fortuna rápida que no se podia tener en otras condiciones. Natural era que en México sucediese lo que en todas partes, que durante la guerra, la profesion militar es la mas brillante y la de una perspectiva mas halagüeña. Pero entre nosotros la influencia de esa clase iba á ser funestísima y

hacer imposible toda administracion que no contase con ella como su principal apoyo. El triunfo de nuestras armas la debia aumentar estraordinariamente, y los generales, gefes y oficiales de aquella época, y lo que es mas notable, los que les sucediesen iban tambien á presentar con el título de nuestra libertad el poder que los autorizaba para no obedecer ni gobiernos, ni leyes, ni instituciones.

Ademas del influjo de la milicia, ecsistian otros antecedentes no menos desfavorables y contrarios á todo órden de cosas, bajo cualquiera conducta que pudiera adoptarse. El gobierno vireinal habia perdido todo su crédito, no solamente por las ideas que favorecian la revolucion, sino por la falsa política que habia seguido, y la indulgencia con crímenes que quedaban impunes. La prudencia y templanza con que generalmente gobernaban los vireyes habian desaparecido, y el pueblo no veia otra cosa en su administracion, que una defensa apasionada de los derechos de la metrópoli que se sostenia con cuantos medios se creian posibles, aunque fuesen muy reprobados. La dictadura militar y sangrienta que se estableció en todas las provincias, la injusticia y parcialidad con que se procedió durante la revolucion en todos los negocios en que estaban interesados los españoles, y la falta de tino para preparar un desenlace que se veia con claridad, habian menoscabado el gobierno de una manera tal, que la política humana y conciliadora del virey Apodaca no pudo ya restablecer el crédito de la autoridad suprema atacada y envilecida desde el año de 1808 en el virey Iturrigaray. El gobierno, pues, no representaba sino una ecsistencia pasagera, y mientras pudiera organizarse un nuevo plan de revolucion, que reuniese los soldados mexicanos y las diversas